

"LA SOLUCIÓN LIBERAL" DE GUY SORMAN

Pierre Rosanvallón, al comentar el original francés del libro de Sorman que ahora Espasa-Calpe publica en castellano indicaba, con acierto, que el principal interés de este libro reside, paradójicamente, en la superficialidad de un discurso que se cree potente porque viene avalado por un centenar de largas conversaciones mantenidas con numerosos personajes de doce países. Sorman confunde coincidencia en el vocerío con acierto en el diagnóstico.

La aportación de Sorman, a pesar de que no nos permite evaluar correctamente las experiencias liberales de lucha contra la crisis en práctica hoy en día, es valiosa, sin embargo, como síntoma de lo que está ocurriendo: la emergencia de un liberalismo primario, de un nuevo "sentido común" que se está elaborando alrededor de un principio general: "El liberalismo es un postulado claro que, siempre en todas circunstancias, antepone la persona humana al Estado". Y de una receta: "Se sale de la crisis con la retirada del Estado".

Ese tipo de discurso, nos recuerda la oleada de marxismo vulgar que sufrimos en los sesenta. Al igual que aquel marxismo torpe y prepotente de entonces, nos hallamos, ahora, ante la misma forma maniquea de ver la realidad únicamente en blanco o en negro, sin conciencia crítica de la verdadera dificultad: los complejos problemas de las sociedades contemporáneas económicamente avanzadas deben ser consideradas abandonando las extrapolaciones abusivas, huyendo de reducciones simplificadoras. La década de los ochenta nos está depa-

rando la misma falta de cordura: ahora lo malo es la tecnoburocracia atacada con idéntico furor a como lo fué la burguesía. Entonces el demiurgo era el "despilfarro capitalista"; ahora los desperfectos se atribuyen exclusivamente al Estado socialdemócrata.

El mayor problema que plantea ese liberalismo primario en auge es que, detrás de eslogans convincentes, oculta las verdaderas cuestiones que ha planteado con rigor la tradición liberal: cómo se transforma, en libertad, el individuo en ciudadano y cómo han de plantearse las condiciones de realización de una justicia en libertad. El liberalismo a lo Sorman no contribuye a la búsqueda de soluciones humanamente aceptables y ni, tan siquiera, ayuda a plantear correctamente un urgente e imprescindible debate político de altura entorno a la crisis del Estado-bienestar.

Conocemos bien los defectos del actual sistema social-demócrata imperante en las democracias occidentales: rigideces corporativas, efectos ^{ciertas políticas sociales,} perversos de gestión burocrática de los estamentos sociales; débil legitimación de una maquinaria estatal que mezcla indiscerniblemente mecanismos de protección al individuo frente al infortunio, pobreza y enfermedad con mecanismos de redistribución. Pero, como señala Rosanvallón, predicar: "Abajo el Estado, viva el mercado" de poco nos sirve para superar esas sutiles contradicciones a que nos ha conducido veinticinco años de exitosa regulación económico-social keynesiana. El ultraliberalismo funciona bien en campaña electoral pero en la práctica los gobiernos Thatcher-Reagan no han conseguido impedir el gradual crecimiento de la fiscalidad obligatoria y sus referencias abstractas a la ley de la oferta

y de la demanda no han bloqueado el recurso a numerosas intervenciones públicas. No es suficiente reclamar el mercado y criticar el igualitarismo para transformar, de golpe, en más flexibles y más dinámicas a las sociedades industriales del presente. Nuestro principal reto es hallar el modo de redefinir normas socialmente legítimas de solidaridad, en sustitución de las que han funcionado bien hasta ahora.

El discurso ultraliberal hoy en boga, parece olvidar que ser liberal es, ante todo, saber pensar libremente y huir de dogmatismos escleróticos a la moda del momento. La ineludible reflexión sobre los fallos del fabuloso edificio construido bajo el consenso socialdemócrata de postguerra ha de suscitarse prosiguiendo la verdadera inspiración liberal consciente, en todo momento, de lo vano que resulta pretender alcanzar la libertad con vagas declaraciones y apresurados montajes y sabedora de que esa libertad sólo se alcanza combinando cuidadosamente fuerzas creadoras con resortes de seguridad en el cuerpo social y cautelas en el plano de lo político, en un equilibrio precario, siempre amenazado.

Tocqueville nos señaló de qué modo las tendencias igualitarias de la sociedad moderna atentan a la libertad, pero al mismo tiempo se esforzó en descubrir los medios para mantener la estimación por el valor de la libertad y preservarla como una realidad política dentro de la sociedad nueva. Bajo este doble enfoque subyace no sólo el convencimiento de que es posible el conflicto entre la igualdad y la libertad sino también la certeza de que únicamente serán capaces de conseguir una especie de solución armónica los liberales que reconozcan la existencia de ese conflicto.